

Plaza pública

para la edición del 6 de agosto de 1996

Meditación sobre la muerte

Miguel Ángel Granados Chapa

La muerte es parte de la vida. Está entre nosotros, en nosotros, de un modo natural, como la previsible conclusión de un trayecto. Y si bien nos asesta tajos de dolor la desaparición de seres queridos, o la idea de la nuestra propia pone pavor en el alma, pronto o tarde sobreviene la resignación ante los hechos inevitables, ante la inexorabilidad de los ciclos humanos. Quienes creen en la vida trascendente, además, reciben consuelo de su fe, de suponer que cerrado este capítulo se inicia otro, en que se despliega la vida verdadera, no la breve y sufriente que discurre en el valle de lágrimas sino la que permite la beatitud de la presencia divina.

Pese a su naturalidad, la muerte no deja de sobrecogernos. La muerte nos conmueve ya sea por el enigma que esconde, por su misterioso advenimiento, porque de pronto deja de estar agazapada y lanza la zarpa sobre sus desprevenidas víctimas; ya sea cuando es anómala, porque ocurre a destiempo, en una vida plena, en vez de ser el desenlace de una biografía cumplida.

Otras veces la muerte nos indigna, porque la prodiga un poder perverso o una irresponsabilidad culposa. Cuando alguien, sin siquiera atenerse a formalidades aceptadas, dispone de la vida de otros (y lo hace a mansalva, lejos de arriesgar la suya propia), mata a sus

Plaza pública

para la edición del 6 de agosto de 1996

Meditación sobre la muerte

Miguel Ángel Granados Chapa

La muerte es parte de la vida. Está entre nosotros, en nosotros, de un modo natural, como la previsible conclusión de un trayecto. Y si bien nos asesta tajos de dolor la desaparición de seres queridos, o la idea de la nuestra propia pone pavor en el alma, pronto o tarde sobreviene la resignación ante los hechos inevitables, ante la inexorabilidad de los ciclos humanos. Quienes creen en la vida trascendente, además, reciben consuelo de su fe, de suponer que cerrado este capítulo se inicia otro, en que se despliega la vida verdadera, no la breve y sufriente que discurre en el valle de lágrimas sino la que permite la beatitud de la presencia divina.

Pese a su naturalidad, la muerte no deja de sobrecogernos. La muerte suele conmovernos ya sea por su misterioso advenimiento, porque de pronto deja de estar agazapada y lanza la zarpa sobre sus desprevenidas víctimas; ya sea cuando es anómala, porque ocurre a destiempo, en una vida plena, en vez de ser el desenlace de una biografía cumplida.

Otras veces la muerte nos indigna, porque la prodiga un poder perverso o una irresponsabilidad culposa. Cuando alguien, sin siquiera atenerse a formalidades aceptadas, dispone de la vida de otros (y lo hace a mansalva, lejos de arriesgar la suya propia), mata a sus

víctimas y al mismo tiempo rompe el orden ético que descansa en el imperativo de no usar a los demás, de no convertirlos en cosas y menos aun en cosas que se desechan.

Ese género de muerte nos atosiga hoy día. Una enfermiza proclividad a la autodenigración nos llevaría a sentenciar que en México la vida no vale nada. Pero puede predicarse lo mismo de cualquier otro lugar del mundo. Habrá quienes juzguen propio de sociedades tribales las matanzas colectivas y hasta alcen los hombros en el gesto de ajenidad que propicia lo remoto, pero les sorprenda encontrar que se mate por oscuras razones políticas en los países de la producción y el consumo florecientes.

En Burundi hoy, como antes en Ruanda, el asesinato de centenares de personas, caídas en la pugna entre tutsis y hutus apenas agita a las buenas conciencias, que se escandalizaron por la indignante matanza sistemática que destruyó a Yugoslavia e inauguró a las naciones que surgieron de sus cenizas. Y la muerte en la guerra por la independencia de Chechenia frente al poder moscovita tendría que erizar igualmente tales agudas sensibilidades.

Con razón nos subleva y agrede la matanza de 230 personas que en vez de disfrutar vacaciones quedaron destrozadas, dispersos sus cuerpos en el mar, cuando estalló el avión en que viajaban, quizá blando de un atentado terrorista. Semejante origen, aunque difiere quizá la pretendida bandera que enarbole, fue el de la bomba que además de matar a dos personas en Atlanta

víctimas y al mismo tiempo rompe el orden ético que descansa en el imperativo de no usar a los demás, de no convertirlos en cosas y menos aun en cosas que se desechan.

Ese género de muerte nos atosiga hoy día. Una enfermiza proclividad a la autodenigración nos llevaría a sentenciar que en México la vida no vale nada. Pero puede predicarse lo mismo de cualquier otro lugar del mundo. Habrá quienes juzguen propio de sociedades tribales las matanzas colectivas y hasta alcen los hombros en el gesto de ajenidad que propicia lo remoto, pero les sorprenda encontrar que se mate por oscuras razones políticas en los países de la producción y el consumo florecientes.

En Burundi hoy, como antes en Ruanda, el asesinato de centenares de personas, caídas en la pugna entre tutsis y hutus apenas agita a las buenas conciencias, que se escandalizaron por la indignante matanza sistemática que destruyó a Yugoslavia e inauguró a las naciones que surgieron de sus cenizas. Y la muerte en la guerra por la independencia de Chechenia frente al poder moscovita tendría que erizar igualmente ^{tales} las conciencias.

Con razón nos subleva y agrede la matanza de 230 personas que en vez de disfrutar vacaciones quedaron destrozadas, dispersos sus cuerpos en el mar, cuando estalló el avión en que viajaban, quizá blando de un atentado terrorista. Semejante origen, aunque difiere quizá la pretendida bandera que enarbole, fue el de la bomba que además de matar a dos personas en Atlanta

hirió de nuevo a esa fiesta del orgullo y el dinero que son los Juegos Olímpicos.

No sólo del exterior provienen estas noticias de la muerte que nos acecha. En los últimos días, decenas de vidas han sido segadas por una guadaña que muchos creen empuñada por la irresponsabilidad. En la segunda quincena de julio ocho niños murieron en un hospital de Guadalajara, donde ya antes enfermedades iatrogénicas (es decir, las causadas por la actividad misma del lugar donde debe imperar la salud) pusieron dolor en el alma de sus deudos, que esperaban largo fruto de una semilla que no pudo prosperar.

En Cactus, municipio de Reforma en Chiapas, una terrible explosión ocurrida el 24 de julio quitó la vida, de inmediato, a seis personas, y una séptima murió el domingo pasado, condenada a fallecer por haber inhalado fuego del que destruyó dos plantas de tratamiento de gas, propiedad de Pemex.

En el desierto del norte bajacaliforniano, una compañía de jóvenes soldados perdió el rumbo, la semana pasada, cuando se aprestaban a concluir un curso de sobrevivencia. Once de ellos murieron calcinados, uno más alcanzó a volver a la civilización pero sucumbió igualmente, y esa fue también la suerte de dos miembros de una brigada de rescate que salió en busca de los extraviados y se enfrentó a semejante destino.

Tal vez estemos, en estos episodios, frente al imperio de lo fortuito, ante una mezcla azarosa de circunstancias que escapan al control de los seres humanos. Los accidentes son, por definición, imprevisibles, y acaso se

hirió de nuevo a esa fiesta del orgullo y el dinero que son los Juegos Olímpicos.

No sólo del exterior provienen estas noticias de la muerte que nos acecha. En los últimos días, decenas de vidas han sido segadas por una guadaña que muchos creen empuñada por la irresponsabilidad. En la segunda quincena de julio ocho niños murieron en un hospital de Guadalajara, donde ya antes enfermedades iatrogénicas (es decir, las causadas por la actividad misma del lugar donde debe imperar la salud) pusieron dolor en el alma de sus deudos, que esperaban largo fruto de una semilla que no pudo prosperar.

En Cactus, municipio de Reforma en Chiapas, una terrible explosión ocurrida el 24 de julio quitó la vida, de inmediato, a seis personas, y una séptima murió el domingo pasado, condenada a fallecer por haber inhalado fuego del que destruyó dos plantas de tratamiento de gas, propiedad de Pemex.

En el desierto bajacaliforniano, una compañía de jóvenes soldados perdió el rumbo, la semana pasada, cuando se aprestaban a concluir un curso de sobrevivencia. Once de ellos murieron calcinados, uno más alcanzó a volver a la civilización pero sucumbió igualmente, y esa fue también la suerte de dos miembros de una brigada de rescate que salió en busca de los extraviados y se enfrentó a semejante destino.

Tal vez estemos, en estos episodios, frente al imperio de lo fortuito, ante una mezcla azarosa de circunstancias que escapan al control de los seres humanos. Los accidentes son, por definición, imprevisibles, y acaso se

trata de ese género de percances. Pero en los tres casos se encuentran señales de que esos episodios pudieron ser evitados, si se hubiera actuado antes o a la hora de los sucesos conforme a normas de mantenimiento y seguridad. Si no se obró con prudencia, la muerte y la pena resultantes resultan de actos que sólo se puede calificar de criminales.

Y, ¿qué decir de la permanente matanza que resulta de las batallas que libran entre sí las bandas del narcotráfico? Es ya imposible seguir con puntualidad el número de víctimas de esta guerra, en que a veces caen también agentes de la policía, no siempre en el cumplimiento de su deber. para sólo enumerar algunos casos recientes, en la madrugada del viernes un tiroteo produjo tres muertos en Guadalajara, dos de ellos policías judiciales estatales. En la otra capital del crimen organizado (porque Jalisco ha vuelto a serlo), en Baja California, el domingo pasado se ennegreció de muerte: en San Antonio de los Buenos dos jóvenes fueron tiroteados desde un vehículo en marcha y murieron en el acto. Y en Playas de Rosarito (el nuevo municipio, formado con un trozo de Tijuana), y cerca de Tecate y en Tijuana mismo, fueron hallados tres cadáveres, de personas ejecutadas.

Vida breve la de los seres humanos, nada podemos frente a la muerte. En cambio sí podemos, no obstante nuestra indefensión, erigir un valladar frente a la muerte causada por la brutalidad o la indolencia.

trata de ese género de percances. Pero en los tres casos se encuentran señales de que esos episodios pudieron ser evitados, si se hubiera actuado antes o a la hora de los sucesos conforme a normas de mantenimiento y seguridad. Si no se obró con prudencia, la muerte y la pena resultantes resultan de actos que sólo se puede calificar de criminales.

Y, ¿qué decir de la permanente matanza que resulta de las batallas que libran entre sí las bandas del narcotráfico? Es ya imposible seguir con puntualidad el número de víctimas de esta guerra, en que a veces caen también agentes de la policía, no siempre en el cumplimiento de su deber. para sólo enumerar algunos casos recientes, en la madrugada del viernes un tiroteo produjo tres muertos en Guadalajara, dos de ellos policías judiciales estatales. En la otra capital del crimen organizado (porque Jalisco ha vuelto a serlo), en Baja California, el domingo pasado se ennegreció de muerte: en San Antonio de los Buenos dos jóvenes fueron tiroteados desde un vehículo en marcha y murieron en el acto. Y en Playas de Rosarito (un municipio nuevo, formado con un trozo de Tijuana), y cerca de Tecate y en Tijuana mismo, fueron hallados tres cadáveres, de personas ejecutadas.

Vida breve y frágil la de los seres humanos, nada podemos frente a la muerte. En cambio sí podemos, no obstante nuestra indefensión, erigir un valladar ante la muerte causada por la brutalidad o la indolencia.

indicaciones para la edición

1) Sumario

Ante sucesos como el estallido en Cactus y su saldo mortal, los niños muertos en Guadalajara, los soldados que no cumplieron su curso de sobrevivencia en Baja California, cavilamos que si la indefensión humana nos deja inermes ante la muerte, no lo estamos ante la brutalidad o la indolencia que la provoca.

2) Recuadro

Las buenas conciencias se agitaron ante la muerte europea, la que se desató con la destrucción de Yugoslavia y el sangriento nacimiento de sus nuevas naciones, pero se muestra impasible ante la matanza entre hutus y tutsis, hoy en Burundi como antes en Ruanda.